**La puerta blanca.**

Hace muchos años, hubo una niña llamada Fernanda. Era una niña risueña, alegre y cariñosa. Algo que la caracterizaba era su amor por el color blanco, siempre llevaba puesto su vestido blanco, símbolo de la pureza que habitaba en ella. Su familia no era la más funcional, por decirlo de alguna manera. Tuvo una niñez difícil, llena de amigos y amor, pero marcada por las adversidades.

La casa donde vivía con su madre y su abuela era grande, como un castillo para ella. Tenía un patio amplio y un árbol gigante al que siempre soñó trepar para llegar a la punta, creyendo que desde ahí podría ver el mundo entero. El sol siempre iluminaba su hogar. Su abuela solía sentarse en una banca celeste, taza de café en mano, admirándola mientras jugaba. Esa imagen quedó grabada en su memoria para siempre.

Pero llegó el día en que tuvieron que dejar esa casa, dejando sola a su abuela. Se mudaron a otro lugar donde el sol no llegaba. No había un árbol grande, no había amor, no había amigos, no había nada. Fernanda llegó tímida, con su vestido blanco y sus grandes ojos buscando un refugio. Desde ese día, su vida dio un giro inesperado.

Le prometieron una vida feliz, una vida pura. Ella, ilusionada, decidió quedarse con su madre. La persona que le hizo esas promesas fue su padre. Confiaba en él porque era su padre. ¿Por qué tendría que fallarle? Él la llevó a una habitación pequeña; al cruzar la puerta blanca, notó que era el único lugar donde llegaba el sol, ese sol que aún la iluminaba.

Sin embargo, a su padre jamás le gustó el color blanco. Un día, mientras Fernanda descansaba, él, lleno de ira, manchó su vestido blanco sin su consentimiento. Al despertar, vio que su vestido estaba lleno de manchas rojas. Desconcertada y llorando, se encerró en el baño. ¿Por qué él? ¿Por qué tenía que manchar su vestido? ¿Por qué odiaba tanto ese color? Eran tantas preguntas sin respuesta. Su madre estaba trabajando y nadie podía consolarla. Se acurrucó en un rincón del baño, hecha una bolita. Solo tenía 9 años. ¿Qué respuesta podía encontrar a lo que él le había hecho?

Cuando se calmó, volvió a la habitación a buscar ropa nueva. Vio a su padre durmiendo tranquilamente, y una pregunta la inundó: ¿Por qué está tan tranquilo después de mancharme? Salió de la habitación y fue al baño a ducharse. Al quitarse la ropa, descubrió que no solo su vestido estaba manchado, sino también su cuerpo. Se metió bajo el agua intentando borrar esas manchas de su pequeño cuerpo, pero no podía. Eran imposibles de quitar. Se dio cuenta de que esas manchas la acompañarían para siempre.

Después de una larga ducha, salió. Cuando volvió a entrar en la habitación, ya no vio a su padre. Ahora estaba un completo desconocido, el hombre que la había manchado, el que la había marcado para siempre. Desde ese día, el sol dejó de iluminar esa habitación. Fernanda comprendió que ninguna prenda de ropa podría ocultar esas manchas. Jamás se irían.

Pasaron unos meses y volvieron a la casa de su abuela, donde el sol aún brillaba y donde estaba el árbol gigante. Pero el brillo en los ojos de Fernanda se había apagado. Ya no era la niña risueña ni alegre. Solo vivía el día a día, queriendo borrar esas manchas que nunca desaparecerían.

(Cicatriz).